

Universidad del Cauca, jóvenes y participación política

Deibar René Hurtado Herrera
Vicerrector de Cultura y Bienestar
Universidad del Cauca

Venimos asistiendo, en el contexto de este paro nacional, a manifestaciones multitudinarias y coloridas de jóvenes que con sus expresiones culturales, canticos y compromiso político han llenado las calles del país expresando su inconformidad y su descontento no solo frente a las reformas propuestas por el gobierno nacional, sino también su malestar e inconformidad frente a la indolencia y la falta de capacidad de escucha para buscar atender sus necesidades más sentidas. Las marchas se han convertido en una forma de participación política que riñe con la apatía con que muchos jóvenes asumen los procesos de elección popular, quizás por la falta de credibilidad en los candidatos o porque al final no han creído que dicha participación tenga impacto real sobre sus vidas.

Hay muchos que acusan irresponsablemente a la educación pública, en general, de ser un lugar de adoctrinamiento ideológico y político, y esto dista enormemente de nuestra forma de concebir la educación pública y concretamente la universidad pública como espacio de formación política. La formación política en nuestra institución, desde mi perspectiva, va en la línea de la formación de un ciudadano autónomo al que se le enseña a pensar y a asumir una actitud reflexiva y crítica, de hecho, está expresado en la misión institucional. Distanciándome un poco del racionalismo político, esta formación política también implica sensibilidad y solidaridad. De otro lado, y volviendo a la participación política, me gusta aquella perspectiva que la asume como el involucramiento en aquello que nos afecta, y cuántas cosas están afectando a nuestras y nuestros jóvenes, asuntos que van desde el reclamo por poder suplir hoy y no en el futuro, por lo menos las necesidades básicas, así como el reclamo por posibilidades de formación que les permitan insertarse en el mercado laboral, la posibilidad de trabajo en condiciones dignas, reclamos por el respeto a la vida, a lo diversos y plurales que son, a los derechos humanos, a la equidad de género, entre otras.

Entonces, la universidad en sí misma se constituye en una apuesta política, porque una cosa es formar como lo pretenden las instituciones disciplinarias a sujetos dóciles, obedientes y disciplinados, y otra es formar a un ciudadano empoderado y con capacidad para generar propuestas para transformarse a sí mismo y transformar los entornos más inmediatos, así como la ciudad, la región o el país. Acaso por mucho tiempo no escuchamos la queja de que a nuestras y nuestros jóvenes no los movía nada, nos quejábamos de su apatía y su falta de compromiso, entonces ¿por qué nos asustamos cuando se movilizan para demandar cambios y buscar transformaciones? Quizás porque no habíamos entendido que ellos se disciplinan, luchan y se comprometen con aquello que les hace sentido.

Por eso, garantizar una educación superior de calidad es una forma de corresponder con esa apuesta política. Hoy podemos decir con orgullo que la Universidad del Cauca es una institución acreditada de alta calidad, una de las 52 entre 288 instituciones de educación superior de todo el país. De los 59 programas de pregrado, 22 programas de ellos tienen acreditación de alta calidad y están pendientes de recibir la acreditación 5 más que ya pasaron por visita de pares; a nivel investigativo, 84 grupos están escalafonados por el Ministerio de Ciencia y Tecnología (9 en A1, 17 en A, 12 en B, 41 en C y 5 grupos reconocidos) y se han consolidado 134 semilleros de investigación). En este año la Universidad volvió a cumplir los requisitos que le permiten aparecer en el puesto 13 en el ranking *U-Sapiens* de *Sapiens Research* (valorando revistas indexadas, oferta de maestrías y doctorados y grupos de investigación). Actualmente la Universidad del Cauca cuenta con 203 profesores con formación doctoral y 572 con título de maestría. Entonces ¿por qué es tan importante este tema de la calidad? Porque quizás esta se constituya en la única posibilidad que esta región les ofrezca (dadas las altas tasas de desempleo) y en una forma de mitigar otra forma de exclusión a la que asistimos en estos momentos, la exclusión educativa. La exclusión educativa la genera una educación de baja calidad que quizás cumpla con los indicadores de cobertura, pero que no ofrece posibilidades para ingresar a la universidad pública ni para insertarse en el mercado laboral.

Sin embargo, del total de aspirantes que se presentan a la Universidad del Cauca y en general a la universidad pública en Colombia semestre a semestre, solo el 10% logra ingresar, a pesar de los esfuerzos que se han realizado para ampliar la cobertura. De nuestras y nuestros estudiantes el 88% son de los estratos 0, 1, 2 y solo el 13% del estrato 3, para un total del estrato 0, 1, 2, y 3 del 95%. Solo el 46,6% de nuestras y nuestros estudiantes son de Popayán, más del 27% procede de otros departamentos del país, principalmente de Huila, Nariño, Caquetá y Putumayo; departamentos con unas altas tasas de pobreza multidimensional, de pobreza rural, de desempleo, deficiente infraestructura y graves problemas de seguridad. Con estas cifras ¿no son evidentes las razones que los llevan a reclamar y a buscar transformar su realidad, satisfacer sus necesidades básicas, cuestionar políticas y proponer alternativas? Son jóvenes que han venido reclamando por muchos años el fortalecimiento de políticas de bienestar que les permitan tener una vida digna y a nivel institucional culminar exitosamente sus estudios, políticas dirigidas a suplir necesidades socio-económicas, psicosociales, académicas, de orientación vocacional, de cultura, de recreación y deporte, uno diaria, un reclamo por garantizar los más mínimos derechos.

Finalmente, nuestra búsqueda por construir la paz territorial con la gente y en el territorio es una apuesta política, porque estos son nuestras y nuestros jóvenes, los mismos que se convocan en colectivos y organizaciones estudiantiles y con quienes hemos estado, desde la mesa triestamentaria (docentes, estudiantes y administrativos), implementando un modelo de gobernanza a manera de apuesta por una democracia participativa, una apuesta política de formación de ciudadanía que permita construir colectivamente el tejido social tan débil y a veces inexistente. Porque la universidad es universal y en ella se recoge lo plurales y diversos que somos como país y como región,

en ella es posible generar espacios de encuentro y reconocimiento, pero también espacios donde se valore el disenso y el debate. Ella tiene la función y la obligación social de convocarnos para dilucidar alternativas de solución a las problemáticas que nos aquejan, para buscar concertar, para buscar escucharnos y así colectivamente crear formas a través de las cuales podamos vivir juntos.